

Por una Comunicación ex-céntrica

For an ex-centric Communication

ERICK TORRICO ^a

Universidad Andina Simón Bolívar, Maestría en Comunicación Estratégica. La Paz, Bolivia

RESUMEN

El artículo reflexiona sobre las dimensiones ontológica, epistemológica, teórica y política que mantienen a la comunicación y a su campo de estudio, la Comunicación, en situación de colonialidad. Frente a ello, a partir de una crítica de la Comunicación “Occidental” y de la reinterpretación y de la complementación de elementos de la crítica-utópica que fue desplegada por comunicólogos militantes de América Latina, se examina la necesidad de promover, en este ámbito, una ruptura decolonizadora con el “centro universalista” que impuso la Modernidad.

Palabras clave: Comunicación, Modernidad, occidente-centrismo, América Latina, decolonización

^aProfesor de Comunicación de la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz. Director de la Maestría en Comunicación Estratégica en la Universidad Andina Simón Bolívar. E-mail: etorrigo@uasb.edu.bo. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1237-9241>

ABSTRACT

The article reflects on the ontological, epistemological, theoretical and political dimensions that maintain communication and its field of study, Communication, in a situation of coloniality. Against this, from a critique of the “Western” Communication and the reinterpretation and complementation of elements of the utopian critique deployed by militant communicators from Latin America, it examines the need to promote in this field a decolonizing rupture with the “universalist center” that Modernity imposed.

Keywords: Communication, Modernity, Western-centrism, Latin America, decolonization

EL CAMPO DE ESTUDIOS de la Comunicación emergió a la vida académica con un lastre invisible: la colonialidad que subyace a su propia concepción. Superar esta condición es un precepto académico y político que tiene, ahora, la energía del Sur, asumido este como “metáfora del sufrimiento humano sistemáticamente causado por el colonialismo y el capitalismo” (Sousa Santos, 2009/2015, p. 12).

La colonialidad, noción propuesta por Aníbal Quijano (1992), se refiere al estado de “colonización del imaginario de los dominados” (p. 12) que vino aparejado con la conquista del denominado Nuevo Mundo y supuso la elevación de la entonces naciente modernidad europea – con sus definiciones de ciencia, arte y cultura en general – a patrón universal prácticamente indiscutible. En consecuencia, la conformación de las diferentes áreas del saber se ajustó a los parámetros de lógica y verdad, que fueron derivados de tal modelo que se consolidó ya entre los siglos XVII y XIX. La Comunicación, que nació a finales del decenio de 1920, no podía quedarse al margen, por lo que los rasgos del conocimiento positivo, ligado a los intereses de grupos de poder, la caracterizaron desde un principio (cf. Lasswell, 1927/1938, y Mattelart, 1970).

No obstante, las reflexiones intelectuales que fueron hechas desde América Latina develaron muy temprano esa índole, aunque no llegaron a poner en cuestión los fundamentos epistemológicos que la sustentaban (cf. Torrico, 2016a)¹.

En ese sentido, a partir de la década de 1960, Latinoamérica se constituyó en un espacio generador de pensamiento crítico y propositivo en materia comunicacional (al respecto, véase por ejemplo Atwood & McAnany, 1986; Crovi & Cimadevilla, 2018; Marques de Melo, 2007; Moragas 1981/1985, 2011, o Portugal, 2000/2012). Los rumbos de los planteamientos que surgieron en la región, en este ámbito del conocimiento y de la práctica sociales, hasta los años ochenta del pasado siglo, pasaron de denunciar la dependencia a formular propuestas en pro del desarrollo y de la democracia (cf. Beltrán, 2000; Beltrán & Fox, 2002). Hoy, en este plano, se vive un nuevo momento de iniciativa intelectual que lleva el sello cuestionador y libertario de la decolonialidad (cf. Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007; también Restrepo & Rojas, 2010), aunque alcanza, igualmente, a los análisis en torno a la Comunicación (cf. Sierra & Maldonado, 2016, y Torrico, Castro, & Osorio, 2018).

EL PROCESO DE LA LATINOAMERICANIDAD

La conformación misma del subcontinente latinoamericano ocurrió sobre la tradición de la imposición externa. El área geográfica que, en 1492, “completó la Tierra” (Arciniegas, 2005) y que, en 1507, fue bautizada como “América”, fue

¹ Esto, por supuesto, no aconteció únicamente en el campo comunicacional, sino que en el plano más amplio del pensamiento social crítico latinoamericano “las narrativas anticolonialistas jamás se interrogaron por el status epistemológico de su propio discurso” (Castro-Gómez & Mendieta, 1998, p. 123).

integrada, entonces, al circuito planetario en condiciones de subordinación y se convirtió en una extensión –territorial, económica y política, primero; cultural, después– de Europa que, a partir de esa circunstancia, se erigió en “centro” del mundo (cf. Mignolo, 2005; O’Gorman, 1958/2005).

Casi tres siglos y medio más tarde, poco después de que la independencia republicana fue alcanzada por la mayoría de los países en el sur del área, brotó la voluntad intelectual y la política respecto a la existencia de “América Latina” dentro de la masa continental americana, producto, en parte, de las pugnas entre las potencias hegemónicas de la época (Inglaterra contra Francia, en particular) y de estas con su emergente rival, los Estados Unidos de Norteamérica, pero resultante también de una naciente conciencia identitaria que era orientada por el anhelo de la autodeterminación, la “independencia mental” al decir de Leopoldo Zea (1965/1976).

La maduración de este sentido regional diferenciador fue alimentada por las evidentes políticas y acciones expansionistas de Washington, aunque ese proceso de construcción de una alteridad propia demoró alrededor de 90 años tras la etapa independentista, pues recién cobró impulso hacia mediados del siglo veinte. La conversión del viejo espíritu anticolonial en otro de corte anti-imperialista – y, por eso, con cierta influencia de la izquierda marxista – empezó a manifestarse en la ocasión (cf. Löwy, 1980/2015).

La latinoamericanidad, como expresión de una otredad revalorizada y rebelde, se configuró en confrontación con las aspiraciones estadounidenses de la llamada “Doctrina Monroe” que, en 1823, proclamó su lema “América para los americanos”², pero, luego, fue cobrando paulatina presencia en diversos espacios de análisis y debate focalizados ante todo en temas internacionales.

Así, en la arena institucional, esta vertiente del pensamiento –con matices que oscilaron y aún lo hacen entre la ruptura política radical y la conciliación reformista– se plasmó en escenarios como la Comisión Económica para América Latina (1948), la Asociación Latinoamericana de Sociología (1950), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1957), el Parlamento Latinoamericano (1964), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1967) o la Asociación Latinoamericana de Integración (1980), entre otros relevantes.

En lo que concierne al campo comunicacional, este impulso regional se vio reflejado, especialmente, en el establecimiento del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (Ciespal, 1959), la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (Alaic, 1978) y la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs, 1981), organizaciones todas que continúan promoviendo la formación y la producción intelectual especializadas en la zona.

²Fue el presidente James Monroe quien sostuvo ese año que ningún país americano independizado podía aliarse con potencias europeas, además de que advirtió a estas que se abstuvieran de intervenir en los asuntos internos del continente americano. El interés imperialista estadounidense encontró así su primera formalización doctrinal.

De esa forma, como factor de identidad y de proyección histórica, la latinoamericanidad alcanzó carta de ciudadanía, pese a que en años recientes algunas corrientes ideológicas de tono milenarista (indianistas, indigenistas y aun afro) han comenzado a ponerla en duda porque no correspondería a la substancia étnica originaria de los pueblos conquistados que – según aquellas – se habría mantenido intacta, pese a los más de 5 siglos de la colonización.

Lo que resulta patente en este trayecto, empero, es que la noción y la vivencia de América Latina encuentran su principal soporte en el ser y la labor de redes intelectuales³, como varias de las que fueron mencionadas arriba, antes que en dispositivos gubernamentales o inter-estatales, incluso, que fueron constituidos, formalmente, para ese fin.

Es de ahí, por ende, de donde surge y se irradia, principalmente, la visión crítica regional que, hoy, se renueva para enfrentar esta vez a la colonialidad.

³ Estas redes son agrupamientos de pensadores que comparten ideas y objetivos en torno a cuestiones comunes y que mantienen relaciones recíprocas a lo largo del tiempo en modalidades que van desde los contactos personales o las referencias comunes hasta las ideas o los objetivos compartidos (cf. Devés-Valdés, 2007).

EL “CENTRO UNIVERSAL” MODERNO

El sojuzgamiento y el saqueo de las poblaciones nativas que inauguró la llegada de Cristóbal Colón a las tierras, que más tarde serían bautizadas como americanas, propulsó a la hasta entonces marginal y conflictiva Europa a la que ya ha sido citada la posición de privilegio en el orbe medieval que, a su turno, pronto transitó hacia la Modernidad.

La transformación que registró el mundo conocido, a partir del “descubrimiento de América”⁴, dio paso a dos grandes universalismos: uno geográfico, pues el globo terráqueo se erigió como tal con la consiguiente precipitación de “una nueva era de convergencia” (Fernández-Armesto, 2010, p. 10); y el segundo civilizatorio colonial, por cuanto el modelo cultural europeo se hizo paradigmático, convirtiéndose en una “aspiración” – aunque obligada– para los restantes pueblos (Quijano, 1992) y, en particular, para aquellos que habían sido sometidos por los que llegaron de ultramar. Ambos movimientos indujeron un drástico cambio en la naturaleza social y culturalmente policéntrica del orbe pre-moderno que fue reorganizada en torno a un único centro.

No obstante, no solo ello, sino también fue ese el momento en que la modernidad capitalista vio la luz, fenómeno que para el caso americano supuso el ejercicio de una “violencia sacrificial” por parte de los conquistadores y el consecuente “en-cubrimiento de lo no europeo” (Dussel, 2008, p. 9). Además, más del 90 por ciento de la población nativa regional, estimada para comienzos del siglo XVI, en 80 millones de personas, acabó diezmado por los conquistadores/colonizadores (Todorov, 1998, p. 144), en tanto que las culturas locales

⁴ El entrecomillado se explica porque esta área geográfica solo fue designada con el nuevo nombre de América 15 años después del arribo de Colón y sus expedicionarios. Entonces, obviamente, no podían haber “descubierto América”.

terminaron “despojadas de patrones propios de expresión formalizada y objetivada, intelectual y plástica o visual” (Quijano, 1992, p. 13).

De ese modo, “Con el inicio del colonialismo en América comienza no solo la organización colonial del mundo, sino – simultáneamente – la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario” (Lander, 2000, p. 16).

Sobre el trasfondo de la dominación colonial, en consiguiente, se levantó, asimismo, el sistema del conocimiento occidental – empírico, mensurable, legal y totalizador –, cuya racionalidad, la de la ciencia positiva, es la única que aquel considera válida y útil. A esto se refiere Immanuel Wallerstein (1996a) cuando da cuenta de la “construcción histórica de las Ciencias Sociales” que, en los hechos, culminó como monopolio epistemológico y aun lingüístico de las antiguas potencias imperiales europeas y de su prolongación americana del norte, lo que resultó afianzado por los procesos de transformación sociopolítica e institucionalización académica que tuvieron lugar después de la denominada segunda guerra mundial (p. 37).

El euro-centrismo del saber – que universalizó la perspectiva de los conquistadores, dividió la historia entre barbarie y civilización al tiempo que delineó para ella un curso de imitación necesario –, fue así, más tarde ampliado y transmutado en occidento-centrismo (*Western Centrism*), que potencia la predominancia de la cultura europea con elementos de la europeizada, es decir, de la estadounidense.

La colonialidad, el resabio que el control colonial dejó, en las estructuras, las instituciones y a los imaginarios sociales de los viejos colonizadores y a los colonizados, está, pues, presente en las maneras de conocer y en sus productos. Y, el campo comunicacional no está exento de esa marca que clasifica, subordina y que – como quedó dicho – también le es congénita (cf. Torrico, 2016a).

LA COMUNICACIÓN “CENTRADA”

Siendo una de las áreas del conocimiento social más joven, la Comunicación o Comunicología⁵ fue incorporada al mundo de los saberes sistemáticos –no sin reticencias ni resquemores– hacia mediados de la década de 1920. Su punto de origen puede ser localizado en la tesis doctoral (1926) del estadounidense Harold Dwight Lasswell (1927/1938), economista de formación que incurrió en la Ciencia Política mediante estudios sobre la teoría, los contenidos y los efectos de la propaganda bélica, en primera instancia y, poco después, con indagaciones respecto a los pertenecientes a la propaganda política (cf. Aguiar & Barsotti, 2017).

⁵ Aunque el término “comunicología” ya está admitido en el idioma español, no sucede lo mismo en el inglés, en el que su equivalente es, todavía, *media studies* o *media analysis*, lo cual corrobora el sentido tecnocentrista que la Comunicación “occidental” atribuye a la especialidad.

En años posteriores y hasta finales del decenio de 1960, también en los Estados Unidos de Norteamérica, otros investigadores provenientes de la Sociología y la Psicología (Paul Lazarsfeld y Kurt Lewin junto a Carl Hovland, respectivamente) complementaron los acercamientos a la comprensión y la descripción científicas tradicionales del hecho comunicacional. De los aportes de todos ellos, así como de los correspondientes a otros autores afines a las coordenadas cognitivas de aquellos “iniciadores”⁶, se derivó lo que el comunicólogo boliviano Luis Ramiro Beltrán (1979/2007) identificó como el “esquema perdurable”, un modelo del proceso de la comunicación compuesto por 7 elementos que están conectados unilinealmente (Fuente-Codificador-Mensaje-Canal-Decodificador-Receptor-Efecto) y con un propósito monocausal visto como necesario: la persuasión (p. 17).

Este esquema, que se impuso como el “paradigma dominante” en la materia y resumió la naturaleza y los alcances de la *mass communication research*, no solamente continúa siendo reproducido, siendo enseñado y siendo aprendido en escuelas universitarias de la especialidad en América Latina⁷, sino que también es aplicado de forma habitual en los procesos de comunicación de mayor alcance: la información periodística, la publicidad, el entretenimiento, la educación y la propaganda político-electoral o religiosa, incluidos los que hoy tienen lugar en el ciberespacio y que pueden implicar alguna posible interactividad.

En este sentido, sin que esté reconocido formalmente en tal calidad, este modelo es adoptado en la práctica profesional, investigadora y docente como si se tratase de un estándar canónico⁸. La concepción presente en él considera a la comunicación un instrumento gracias al cual un emisor activo puede lograr sus objetivos de control – y, por tanto, de poder – sobre uno, varios o muchos receptores pasivos o meramente reactivos, acudiendo para ello, casi siempre, al empleo de medios tecnológicos que canalizan y distribuyen los mensajes.

Ese interés que es traducido en las principales modelaciones teóricas en uso, sustenta, preferentemente, la unilateralidad de los flujos, o sea, da prioridad al acto performativo de la transmisión por encima del intercambio equitativo efectivo y de la construcción polémica de sentidos.

En consecuencia, lo que se tiene en el sustrato de la mayoría de los estudios comunicológicos es esa idea unidireccional, mediatizada, instrumentalizadora y cosificadora de la relación significativa entre seres humanos, la cual constituye el núcleo teórico, ideológico y hasta programático de lo que es dable llamar la Comunicación “occidental”⁹, es decir, del acumulado estadounidense-europeo de elaboraciones conceptuales fragmentarias, contradictorias y, por ende, parciales que se refieren al fenómeno comunicacional. Y es en esta concepción,

⁶ Esta denominación dada a ese primer grupo, al que otros autores consideran los “padres fundadores”, corresponde a Wilbur Schramm (1965).

⁷ Sobre el caso iberoamericano, puede consultarse Fuentes (2008), Galindo, Karam y García (2005), o Martino (2007).

⁸ Conviene recordar con Katz, Peters, Liebes, & Orloff (2003/2008) que “Un canon es un dispositivo de organización intelectual” (p. 4, traducción propia).

⁹ Esta noción está expuesta en Torrico (2016a, pp. 123-144).

no obstante sus señaladas limitantes, que se asienta la existencia práctica de la comunidad académica de la especialidad.

La comunicación (proceso social concreto de interrelación por medio de signos) es estudiada por la Comunicación o Comunicología (campo de conocimiento); es decir, que aquella es el objeto observable y estas son su puesta en concepto. Esta última, la teorización, se estructuró ante todo en función de las condiciones, las preocupaciones y las necesidades de la realidad social, económica, política y tecnológica estadounidense (véase Beltrán, 1982; Mattelart, 1970), como también de otras propias del Occidente europeo (cf. Mattelart, 1994/1995), por cuanto ambos espacios geo-culturales fueron sede de su surgimiento.

La Comunicación, así, es un conjunto de conocimientos geo-históricamente situados y geopolíticamente concentrados a los que, sin embargo, con la misma lógica y argumentos que al resto de los saberes occidente-céntricos, se les atribuye un carácter universal (Wallerstein, 1996b).

Mas eso no es todo. En la noción prevaleciente de comunicación, que aquí se califica de “occidental”, está implícita la jerarquización colonial de las personas y los pueblos; ello se refleja tanto en la verticalidad aceptada de la relación entre emisor y receptor como en la prerrogativa de la generación de saber pertinente asignada casi en exclusiva a la academia de los países que antigua y actualmente dominan el plano del conocimiento.

El occidente-centrismo atraviesa, así, el espacio teórico comunicacional desde sus bases histórico-sociales y epistemológicas. Es por tal razón que puede hablarse de una Comunicación “centrada”; en otras palabras, de un campo de estudios inscrito – de nacimiento – en el ámbito de intereses, temas y procedimientos de la ciencia de Occidente, presentada cual si fuera la sola construcción conceptual poseedora de sensatez y plausibilidad.

TRES CORRIENTES COMPLEMENTARIAS

La mayoría de las teorizaciones que son relativas a la comunicación provienen de desprendimientos o préstamos conceptuales¹⁰ no siempre autorizados de las matrices teórico-sociales occidentales clásicas (estructural-funcionalismo, crítica dialéctica, estructuralismo y sistemismo), emparentadas, a su vez, con el eurocentrismo filosófico y la racionalidad científica moderna.

En ese conjunto prepondera la atención brindada a los procesos de difusión que son mediados tecnológicamente y que generan consecuencias buscadas (por ende, positivas) o cuestionables (negativas, entonces) entre los receptores de mensajes estandarizados. La instrumentalización de la comunicación – para la

¹⁰Los desprendimientos son aplicaciones subsidiarias hechas al campo comunicacional, como en el caso de las “funciones, disfunciones y afunciones”, mientras que los préstamos son usos y apropiaciones de ideas que son desarrolladas, originalmente, para otras zonas de la realidad social y sus fenómenos, como sucede con la “lucha de clases” o la “ideología dominante”.

venta, la lucha ideológica o la promoción de cambios (ajustes) en la sociedad – es un denominador común en este caso.

Aunque las aproximaciones de este tipo suman ya decenas (basta revisar unos cuantos compendios teóricos para verificarlo¹¹), es posible agruparlas esquemáticamente en tres grandes corrientes en función de su índole y en relación con la ubicación territorial de su emergencia: la pragmática, la crítica y la crítico-utópica.

La primera, que fue desarrollada sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica de los años veinte del pasado siglo en adelante, hace énfasis en la utilidad de la comunicación para el logro de los objetivos perseguidos por la emisión, aunque, en general, son considerados favorables para la reproducción social.

La segunda, surgida desde los años cuarenta en países europeos (Alemania, Inglaterra y Francia, especialmente), denuncia tanto el empleo como las consecuencias perversas de la comunicación que solo benefician a los que manejan sus estructuras de control en detrimento de quienes integran los públicos, que pueden ver mermadas hasta sus condiciones de humanidad a causa de ello. Igualmente, propone actuar en favor de la desenajenación.

Y la última, más bien fruto de las contribuciones latinoamericanas que fueron iniciadas en los años sesenta, asume también la crítica al pragmatismo y denuncia la alienación, así como reivindica el derecho de los marginados a participar en los asuntos públicos, mediante recursos alternativos de comunicación. A la vez, plantea la integración de los procesos comunicacionales en la acción colectiva o en su caso estatal en pro de la independencia económico-política, el desarrollo y la democratización.

A pesar de sus particularidades y diferencias, estas corrientes comparten un mismo sustrato epistemológico, el de la Modernidad, y tienen como eje de referencia el “esquema perdurable” que antes fue mencionado, aun en el caso de la vertiente crítico-utópica, que tampoco consiguió desbordar los límites que la modernización y su línea de progreso pusieron al pensamiento.

De esa manera, por fin y al cabo, las tres forman parte de la Comunicación “occidental” que funge como “centro” teórico común y, por esa vía, confirman que otra dimensión de la lógica centralizadora del capital es la de la “acumulación de significados” (Pedro Gómez en Mignolo, 2015, p. 17).

PENSAR DESDE LA MARGINALIDAD

Entonces, se puede percibir que la comunicación, en tanto hecho relacional entre seres humanos, es concebida, predominantemente, en términos instrumentales, es decir, como un vínculo aprovechable para que A obtenga algo de B¹². Muy lejos queda, incluyendo lo que sucede en la versión crítica europea, el

¹¹Puede verse, por ejemplo, los ya clásicos manuales de McQuail (1983/1985) y Wolf (1985/1987).

¹²Al decir de David Berlo (1969/1984), “Toda conducta de comunicación tiene por objeto producir una determinada respuesta por parte de una determinada persona (o grupo de personas)” (p. 9).

reconocimiento de que, de ese modo, se parte de una negación ontológica, ya que se opta por vaciar al proceso de socialidad y, más grave todavía, de humanidad.

Comunicar, en otros términos, deviene transmitir, ordenar, instruir o dirigir, con lo que su otro sentido posible¹³, relacionado con la creación de tejido social y la construcción de comunidad y consensos, cede terreno a la reproducción de jerarquías y desigualdades entre emisores y receptores, sea dentro de cada realidad local o de país como en las relaciones entre países.

Cosificada así la comunicación, solamente es dable esperar que su conocimiento posible, la Comunicación, con sus implicancias epistemológicas, teóricas y metodológicas modernizadoras, replique esa desfiguración utilitarista dirigida en el fondo por una polaridad finalista estructural: la preservación o el eventual ajuste del orden social instaurado por el capital.

Conviene señalar que el talante cuestionador de tales limitantes en los rasgos comprensivos de la comunicación ha estado ya presente en las reflexiones de los pensadores críticos que en América Latina han examinado desde el decenio de 1960 las ideas que sustentaban una práctica comunicacional cuyos protagonistas eran claramente los dueños de la emisión, mientras al otro lado eran ubicados los públicos, las audiencias, las “masas”, en condición de usuarios o “consumidores”.

Esa fue la base de las demandas y de los planteamientos latinoamericanos en pro de la participación y la democratización, las cuales originaron múltiples experiencias de comunicación popular contestataria, de la “comunicación para otro desarrollo” y de la apelación al uso de “mini medios”, al igual que promovieron debates sobre el derecho a la comunicación y la adopción de políticas nacionales de comunicación. Estas temáticas, llevadas al seno del Movimiento de Países No Alineados (1976) y de ahí a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia, la Cultura y la Comunicación (1978-80), remecieron en su momento las tranquilas aguas del concierto internacional.

Sin embargo, ese despliegue no alcanzó los frutos que se había esperado. Por un lado, la acción combinada de las potencias y las corporaciones capitalistas del Norte desactivó las esperanzas y promesas que germinaron en torno al objetivo de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación; por otro, la redemocratización política fundada en economías de mercado que desde los años ochenta vivió América Latina, prácticamente neutralizó las voces que exigían cambios, pluralismo y participación en los sistemas mediáticos.

Ese cuadro desmovilizador se completó, poco más tarde, con la ilusión de acceso e interacción sin obstáculos que, a principios de los años noventa, generó la llegada y paulatina difusión de Internet (sobre estos aspectos y otros relacionados, consúltese Castells, 1997/1998).

¹³Sobre los diversos sentidos del término “comunicación” en la historia véase Peters (1999/2014, p. 23).

De ese modo, los planteos latinoamericanos que se proponían no solo trastocar la práctica de los procesos comunicacionales, sino igualmente incidir en una reconsideración de sus conceptos fueron llevados a una situación de suspensión. En tal contexto, y pese a que tuvo importantes aproximaciones analíticas al respecto¹⁴, la corriente crítico-utópica no llegó a confrontarse con el núcleo epistemológico del “paradigma dominante”, lo cual evitó que pudiese tener un impacto de carácter deconstructivo.

¹⁴Fueron ejemplares en esta materia los análisis de Luis Ramiro Beltrán sobre la “ciencia al servicio del ajuste social” (cf. Moragas, 1982, p. 103) y de Jesús Martín-Barbero (1987, p. 19) acerca de la concepción dependiente de la ciencia y del trabajo científico.

Los cuestionamientos teóricos que fueron efectuados desde la región se inscribieron en los marcos de lo mismo que posibilitaba o restringía el que antes fue mencionado “esquema perdurable” y, cuando más, aparte de buscar otro tipo de efectos, que combatieran o revirtieran la alienación, aspiraban a que la unilateralidad y el verticalismo se abrieran también a flujos y relaciones en que primara la equidad. Obviamente, eso no podía suceder dados 1) el que antes fue expuesto, el principio definitorio, con que el pensamiento occidental, entiende la comunicación y 2) el control del capital sobre la arquitectura y las finalidades de las principales estructuras comunicacionales (cf. Mattelart, 1992/1996).

Trabajadas en última instancia desde la periferia sistémica, las reflexiones y las propuestas críticas de América Latina nutrieron un horizonte cognitivo y de intervención provocador y promisorio, sin embargo, al mismo tiempo, marginal. Las estructuras institucionales dominantes – mediáticas y académicas –, subsidiarias de la “centralidad” de Occidente, se encargaron de clasificarlas como desviaciones y de colocarlas en el perímetro externo, de anularlas o ignorarlas, pero también de reabsorberlas en formas comerciales.

En tal sentido, el impulso de medios y espacios comunicacionales que lograran alterar el orden prevaleciente e hicieran factibles oportunidades para la participación y la democratización dio cauce a lo que se conoció, ante todo, como el movimiento en pro de la comunicación alternativa (cf. Simpson, 1986), en tanto que en el campo de la crítica intelectual su mejor expresión se vio condensada en la “comunicología de liberación” que Beltrán avizoró en 1976 como una salida de “conciliación programática y libre de dogma entre la lúcida intuición y la medición valedera” (Beltrán, 1982, p. 118).

En todo caso, son estas aportaciones marginalizadas por el *mainstream* de la Comunicación “occidental” y su *star system* académico (el grupo de autores y libros “consagrados”) las que hoy representan una fuente indispensable para la decolonización comunicacional.

HACIA UNA NUEVA DEMOCRATIZACIÓN

Transcurrido alrededor de medio siglo desde las febriles “décadas rebeldes” de 1960 y 1970, América Latina es otra vez el lugar en que se gesta, renovado, el pensamiento transformador.

En esos años, cuando todavía el proceso revolucionario cubano se encontraba en sus inicios socialistas, la marca regional estuvo dada también por la incursión en la escena pública de la Teoría de la Dependencia (1969), la Pedagogía del Oprimido (1970), la Teología de la Liberación (1971), la ya nombrada Comunicología de Liberación (1976) y la Filosofía de la Liberación (1977), un conjunto teórico-político multidisciplinario (cf. Cardoso & Faletto, 1983; Dussel, 1996; Freire, 1970/1981; y Gutiérrez, 1971) de alta irradiación e influencia que se ocupó de examinar tanto la situación general subordinada de la región como las condiciones de inequidad existentes dentro de cada realidad nacional.

La etapa de (re)democratización política que vino después (desde 1978) amainó las intensas tensiones del lapso dictatorial precedente y poco a poco, junto a la ola globalizadora, de la tecnocracia y el libre mercado, la conflictividad tendió a alejarse del poder y de las clases como objeto de referencia, mientras el propio debate sobre los asuntos colectivos se disipaba o se trasladaba a un remozado ámbito de interés: el micro-social¹⁵. La democracia electoral trajo consigo una despolitización de los problemas y de la acción social al tiempo que el *boom* tecnológico y las cuestiones ambientales o de la diversidad cultural y el género se instalaron como preocupaciones de sectores ciudadanos y fueron el foco de algunas políticas públicas.

Los efectos en el incremento de la concentración de la riqueza y la agudización de las desigualdades que para comienzos del nuevo siglo trajo en varios países del área la aplicación del programa de ajuste estructural, redundaron incluso desde mediados de los años noventa en beneficio de un grupo de gobiernos surgidos de elecciones y calificados como “progresistas”. Sustitutos de los que abanderaron el neoliberalismo, al cabo de unos años, estos regímenes no lograron dar evidencia de los cambios político-económicos que habían anunciado y comenzaron a ser removidos también por la vía electoral.

En la actualidad, en Venezuela, Nicaragua y Bolivia, resabios de lo que fue llamado el “giro a la izquierda” (Arditi, 2009), la colocación y los privilegios de las élites económico-políticas tradicionales y de otras de reciente origen han sido confirmados por las decisiones legales y económicas que fueron adoptadas por los gobiernos de tales países, esquemas que han desarrollado dispositivos de poder cuyo objetivo primordial es su reproducción endogámica y de larga duración. En este propósito, los propios recursos de la democracia – en particular

¹⁵Como señala Mayrá Silva (2011), el peligro de este retorno al empirismo “sin la busca de una totalidad teórica es el de la fragmentación de la realidad en un mundo inconexo, como si la economía no tuviese ligazón con la política, la sociedad, la cultura y viceversa” (p. 8, traducción propia).

los de orden legal y coactivo – son usados cuando no son manipulados para restringir las libertades, bloquear el pluralismo y el control ciudadano o desactivar la participación.

Con ese trasfondo de ideas y acontecimientos, a mediados de la década de 1990, nació la crítica latinoamericana de la Modernidad y la colonialidad, corriente que aporta otra perspectiva al análisis histórico y de la coyuntura y que, desde hace al menos 3 lustros, está promoviendo un remozamiento de la forma misma de plantear el problema de la configuración del campo de estudios de la Comunicación¹⁶.

En este marco, el eje de la reflexión se sitúa en la necesidad de poner bajo examen los fundamentos epistemológicos y los condicionamientos históricos con los que el hecho comunicacional quedó reconocido como objeto cognoscible y fue teorizado posteriormente.

Como se indicó antes, el “esquema perdurable” constituye aún la síntesis del concepto occidental que fue establecido y que fue asumido con presunción de índole canónica y validez universal, en tanto que los diferentes intentos democratizadores de la práctica comunicacional, en los planos nacional e internacional, no pudieron prosperar como se había esperado.

La crítica utópica latinoamericana no solo que denunció el carácter transmisivo que fue asignado como norma al proceso de la comunicación al igual que impugnó el pragmatismo exacerbado de los emisores; además, les opuso opciones que propugnaban el acceso, la participación y el diálogo, así como canales alternativos para la expresión de los marginados. No obstante, esas respuestas no lograron fructificar como se preveía y terminaron siendo insuficientes para inducir una transformación real en los modos predominantes de hacer y concebir la comunicación.

Desde ese punto de vista, el modelo verticalista que fue impuesto por la Comunicación “occidental” persiste en su posición de privilegio, tanto en la acción como en la teoría. La democratización no fue posible. Cuando más, la pluralidad –muchos medios– sustituyó al pluralismo – muchas voces, diversas perspectivas – y, todavía hoy, se presenta como un simulacro de este. Tampoco el pensamiento crítico europeo ni los estudios culturales, una de sus vertientes contemporáneas más exitosas, consiguieron perturbar esa estabilidad porque, epistemológicamente, son parte de la órbita ideológica moderna (cf. Mattelart & Neveu, 2002).

Empero, con el soporte del pensamiento decolonial, estas problemáticas están siendo retomadas, actualmente, con un cambio sustancial en la perspectiva estratégica: no se trata de ver qué se puede hacer por lo popular o lo dependiente, desde los intersticios del sistema, sino más bien de desestructurar la lógica del

¹⁶La Alaic y el Ciespal son espacios en que esta temática está siendo trabajada desde 2015 por diversos especialistas latinoamericanos y españoles.

mecanismo opresivo y su justificación teórica desde una colocación histórica y epistemológica cuyo núcleo es la subalternidad.

Lo subalterno define la condición general de sometimiento forzado (político, económico, cultural, de género, edad, “raza”, educación, etc.) que sufre un grupo humano y, por tanto, implica un lugar concreto, en la base de la estructura societal, a partir del cual se conforma un punto de vista cognitivo y movilizador que es inevitablemente crítico y es orientado hacia la liberación. Pensar desde la subalternidad es hacerlo desde la vivencia de quien no es solo excluido, sino negado.

La subalternidad, en cuestión del saber, remite a la epistemología del Sur, que es

la búsqueda de conocimientos y de criterios de validez del conocimiento que otorguen visibilidad y credibilidad a las prácticas cognitivas de las clases, de los pueblos y de los grupos sociales que han sido históricamente victimizados, han sido explotados y han sido oprimidos por el colonialismo y el capitalismo globales. (Sousa Santos, 2009/2015, p. 12)

Así, enraizada en la circunstancia histórica regional, la nueva lucha democratizadora que fue emprendida por Latinoamérica en materia comunicacional se desenvuelve en la arena de la epistemología y la teoría, pues es ahí donde tienen que ser removidos los constreñimientos que hacen de la comunicación un puro instrumento de poder y convierten a su estudio, la Comunicación, en una disciplina aplicada y solamente útil para intentar garantizar la eficacia de los emisores corporativos.

LA EX-CENTRICIDAD: UN IMPERATIVO

Vista desde el “centro”, la comunicación es predominantemente un proceso de carácter mecánico en que el significado viene preelaborado o que quizá hasta puede dejar un mínimo de margen para cierta interpretación diferenciada, pero sin que ello afecte la columna vertebral de la relación emisor-receptor, que es compuesta por la unilateralidad y la jerarquía.

En el espectro teórico de la Comunicación “occidental”, extensamente difundido en la bibliografía estadounidense y europea de la especialidad tanto como en sus compilaciones y adaptaciones iberoamericanas, lo mismo que alimentado por los parámetros condicionantes de la “investigación estándar”¹⁷ y sus publicaciones indexadas, suele no haber cabida para lo social como dimensión histórica multifacética en la que ocurre todo acto comunicacional.

¹⁷Esta noción hace referencia a los criterios que fueron fijados por los “dominadores del campo” para hacer la “buena ciencia”, aunque son aplicados rígidamente en los diferentes tipos de escritos académicos a fin de que puedan ser legitimados como “científicos” (cf. Goyanes, 2017).

Y, además, la idea positivista de ciencia continúa subsumiendo la sociedad –y la comunicación, por ende– en la “naturaleza” o en la “tecnología” tanto como sigue resistiendo cualquier posibilidad de conocimiento que vaya a surgir de otros procedimientos que no sean los empírico-cuantitativos.

La mirada decolonizadora plantea otra perspectiva.

En la concepción de los pensadores críticos latinoamericanos, la comunicación es un proceso constitutivo de lo humano y de lo social, que preexiste a los medios que la vehiculan o amplifican y supone la construcción de un con-saber (un “saber con el otro”) en una relación recíproca de índole dialógica y vivencial que debe realizarse en un marco de derechos (cf. Torrico, 2016b).

A ello, la perspectiva de la subalternidad agrega una problematización respecto a un obstáculo de fondo, invisible a los ojos de Occidente: la deshumanización colonial (estas cuestiones están desarrolladas en Torrico, Castro, & Osorio, 2018, en particular en las pp. 13-24).

El momento del “descubrimiento” del territorio que luego sería nombrado como América, seguido inmediatamente de los tiempos de conquista y colonización, no inauguró apenas la etapa moderna de la historia, sino que también instauró la in-comunicación fundadora de las desigualdades posteriores (Torrico, 2018).

El significado práctico de la misión civilizatoria, que la llegada de Colón supuso para las “Indias Occidentales” o “Nuevo Mundo”, fue el de una profunda ruptura comunicacional: la cultura europea y sus intereses se impusieron no solo sobre las culturas que recién fueron halladas y que fueron sometidas sino, en términos amplios, sobre el conjunto de los pueblos del orbe conocido. Ese Occidente, convertido entonces en “centro” universal, se mantiene como basamento de la organización global jerarquizada.

Mediante el ejercicio de la violencia física y la aculturación, la conquista/colonización produjo una otredad de hecho inferiorizada. Esa sub-alterización¹⁸, o sea la subordinación intencional de la alteridad, se instaló como práctica de dominio que fue más allá del desconocimiento o el silenciamiento del “otro”, pues llegó hasta su aniquilación. Tal etnocidio perpetrado en el proceso de europeización mundial implicó un epistemicidio (Sousa Santos, 2009/2015, p. 12), es decir, la ignorancia, la descalificación y, por último, la supresión efectiva de los conocimientos de ese “otro” y de sus modos de generarlos.

Pero, en medio de ello, se situó la ya referida in-comunicación, la separación de los seres humanos en dos grupos: el de los (auto)considerados genuinamente humanos (y, por tanto, “superiores”) y el de los calificados como carentes de humanidad (los “sin alma” y “descartables”). La comunicación entre ambos no era posible y el enmudecimiento de los oprimidos era la norma.

¹⁸Esta noción corresponde a Nelson Maldonado-Torres (2007, p. 133).

La negación radical de la condición humana de los pueblos sojuzgados se tradujo tanto en la esclavitud e inmolación de la población africana como en la explotación y la matanza de la nativa de América, la precolombina. No obstante, esa acción deshumanizadora no solo acarreó consecuencias degradantes en las víctimas, sino también lo hizo entre los victimarios: mientras aquellas eran privadas de su dignidad humana, estos la perdían en el ejercicio de su ansia de poder.

Y como “los de arriba” no estaban interesados en hablar con “los de abajo”, a la vez que buscaban asimilarlos culturalmente, deshumanización e in-comunicación se superpusieron y complementaron.

El poder colonial se levantó, pues, sobre el silencio impuesto de los sometidos. La independencia republicana¹⁹ no representó un cambio esencial en esa realidad autoritaria; la colonialidad se ocupó – y lo sigue haciendo – de que el control de la sociedad tenga uno de sus pilares en la figura del in-comunicado.

No sorprende, por lo dicho, que esa estructura vertical esté reproducida matizadamente en el concepto moderno de comunicación, que privilegia al emisor “que sabe” por encima de la “masa anónima” necesitada de orientación. Aun en la ficción democratizadora de las redes sociales digitales, hay un grupo “superior” que diseña, vende y gestiona las tecnologías del ciberespacio y otro de usuarios, ciertamente extenso, que al final no es no más que solamente una cifra en las estadísticas de rentabilidad del primero.

La comunicación está, pues, aprisionada en las estrechas fronteras de la Comunicación “occidental”. Hoy, se necesita propulsar un rompimiento con esta. En eso consiste la Comunicación ex-céntrica. El lenguaje coloquial remite la excentricidad a un comportamiento raro, extravagante y hasta ridículo, criticable e indeseable, por ende.

El sentido asignado aquí al concepto – no apenas al término – concierne más bien a un apartamiento consciente y deliberado respecto de lo que está “centrado” y que, en consiguiente, propulsa una opción distinta. Lo ex-céntrico, con guion en medio, quiere decir entonces “lo que está por fuera del centro”.

Si el “esquema perdurable” compendia la idea “centrada” de comunicación, en la doble acepción señalada antes – la de que pertenece a la episteme de la Modernidad y la de que, de ahí, se colige su “corrección”, cordura y práctica obligatoriedad de uso –, la Comunicación ex-céntrica, que se despliega desde la crítica latinoamericana a la in-comunicación colonial, se yergue como una ruta comprensiva alternativa cimentada en el pensamiento decolonial.

En tanto subversión teórica, esta reflexión/acción apunta entonces a des-centrar la Comunicación y se plantea la problematización de la condición del in-comunicado para alentar su indispensable superación. La producción de un

¹⁹Esa independización equivale a la descolonización política, al autogobierno nacional que ya se ha conseguido. La diferencia con la decolonización radica en que esta es un objetivo pendiente que consistente en la superación de las rémoras que contiene la colonialidad (cf. Walsh, 2005, p. 26).

nuevo equilibrio práctico que haga posible la rehumanización en la comunicación habrá de ser un siguiente e imperativo paso. ■

REFERENCIAS

- Aguiar, L., & Barsotti, A. (2017). *Clássicos da comunicação: Os teóricos de Pierce a Canclini*. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Arciniegas, G. (2005). *Cuando América completó la Tierra* (1a reimp.). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Arditi, B. (2009). El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal? *Ciências Sociais Unisinos*, 45(3), 232-246. doi: 10.4013/csu.2009.45.3.06
- Atwood, R., & McAnany, E. (1986). *Communication & Latin American society: Trends in critical research, 1960-1985*. Madison, WI: University of Wisconsin Press.
- Beltrán, L. R. (1982). Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina. In M. Moragas (Ed.), *Sociología de la comunicación de masas* (pp. 94-119). Barcelona, España: Gustavo Gili.
- Beltrán, L. R. (2000). *Investigación sobre Comunicación en Latinoamérica: Inicio, trascendencia y proyección*. La Paz, Bolivia: Plural.
- Beltrán, L. R. (2007). Adiós a Aristóteles: La comunicación “horizontal”. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 4(7), 12-36. Recuperado de: <http://bit.ly/35XJE1i> (Obra original publicada en 1979)
- Beltrán, L. R., & Fox, E. (1982). *Comunicação dominada: Os Estados Unidos e os meios de comunicação da América Latina*. São Paulo, SP: Paz e Terra.
- Berlo, D. (1984). *El proceso de la comunicación* (14ª reimp.). Buenos Aires, Argentina: El Ateneo. (Obra original publicada en 1969)
- Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1983). *Dependencia y desarrollo en América Latina* (21a ed.). Cidade do México: Siglo XXI.
- Castells, M. (1998). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura* (Vol. 1, 2ª reimp.). Madrid, España: Alianza. (Obra original publicada en 1997)
- Castro-Gómez, S., & Mendieta, E. (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Cidade do México, México: Porrúa.
- Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (Eds.). (2007). *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá, Colombia: Siglo del hombre.
- Crovi, D., & Cimadevilla, G. (Orgs.). (2018). *Del mimeógrafo a las redes digitales: Narrativas, testimonios y análisis del campo comunicacional en el 40 aniversario de ALAIC*. Cidade do México, México: Alaic.

- Devés-Valdés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina: Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago, Chile: Universidad Santiago de Chile.
- Dussel, E. (1996). *Filosofía de la liberación* (4a ed.). Bogotá: Nueva América.
- Dussel, E. (2008). *1492 El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del "mito de la modernidad"*. La Paz, Bolivia: Biblioteca Indígena.
- Fernández-Armesto, F. (2010). *1492 El nacimiento de la modernidad*. Bogotá, Colombia: Debate.
- Freire, P. (1981). *Pedagogía del oprimido* (27a ed.). México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970)
- Fuentes, R. (2008). Bibliografías, biblionomías, bibliometrías: los libros fundamentales en el estudio de la comunicación. *Comunicación y Sociedad*, (10), 15-53. Recuperado de <http://bit.ly/33I450v>
- Galindo, J., Karam, T., & García, M. (2005). *Cien libros hacia una comunicología posible*. Cidade do México, México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Goyanes, M. (2017). *Desafío a la investigación estándar en Comunicación: Crítica y alternativas*. Barcelona, España: UOC.
- Gutiérrez, G. (1971). *Hacia una teología de la liberación*. Bogotá, Colombia: Indo-American Press Service.
- Katz, E., Peters, J. D., Liebes, T., & Orloff, A. (Eds.). (2008). *Canonic texts in media research*. Cambridge, MA: Polity. (Obra original publicada en 2003)
- Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales: Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Lasswell, H. (1938). *Propaganda technique in the World War*. Nova York, NY: Peter Smith. (Obra original publicada en 1927)
- Löwy, M. (2015). *El marxismo en América Latina: Antología desde 1909 hasta nuestros días*. La Paz, Bolivia: Memoria Popular. (Obra original publicada en 1980)
- Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: Contribuciones al desarrollo de un concepto. In S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Ed.), *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-167). Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre.
- Martín-Barbero, J. (1987). *Procesos de comunicación y matrices de cultura: Itinerario para salir de la razón dualista*. Cidade do México, México: Gustavo Gili.
- Martino, L. (2007). *Teorias da Comunicação: O estado da arte no universo de língua espanhola*. Artículo presentado en el XIX Encuentro de los Núcleos de Investigación de la Intercom, Brasília, DF, Brasil.

- Marques de Melo, J. (2007). *Entre el saber y el poder: Pensamiento comunicacional latinoamericano*. Cidade do México, México: Unesco.
- Mattelart, A. (1970). Críticas a la Communication Research. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, (3), 11-22. Santiago, Chile: Universidad Católica de Chile.
- Mattelart, A. (1995). *La invención de la comunicación*. Cidade do México, México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1994)
- Mattelart, A. (1996). *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y de las estrategias*. Tres Cantos, México: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1992)
- Mattelart, A., & Neveu, E. (2002). *Los Cultural Studies: Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*. La Plata, Argentina: Universidad Nacional de La Plata.
- McQuail, D. (1985). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, España: Paidós. (Obra original publicada en 1983)
- Mignolo, W. (2005). *La idea de América Latina: La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, España: Gedisa.
- Mignolo, W. (2015). *Trayectorias de re-existencia: Ensayos en torno a la colonialidad/decolonialidad del saber, el sentir y el crear*. Bogotá, Colombia: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Moragas, M. (Ed.). (1982). *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- Moragas, M. (1985). *Teorías de la Comunicación: Investigaciones sobre medios en América y Europa* (3a ed.). Barcelona, España: G. Gili. (Obra original publicada en 1981)
- Moragas, M. (2011). *Interpretar la comunicación: Estudios sobre medios en América y Europa*. Barcelona, España: Gedisa.
- O'Gorman, E. (2005). *La invención de América*. Cidade do México, México: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1958)
- Peters, J. D. (2014). *Hablar al aire: Una historia de la idea de comunicación*. Cidade do México, México: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1999)
- Portugal, F. (2012). *La Investigación en Comunicación Social en América Latina 1970-2000*. Lima, Peru: UNMSM. (Obra original publicada en 2000)
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, (13), 11-20.
- Restrepo, E., & Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: Fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca.
- Schramm, W. (1965). *La ciencia de la comunicación humana*. Quito, Ecuador: Ciespal.
- Sierra, F., & Maldonado, C. (2016). *Comunicación, decolonialidad y buen vivir*. Quito, Ecuador: Ciespal.

- Silva, M. (2011, septiembre). *Abordagens críticas nas Ciências Sociais na América Latina: Possibilidade de síntese teórica própria*. Artigo apresentado no XXVIII Congresso Internacional da ALAS, Recife, PE, Brasil.
- Simpson, M. (1986). *Comunicación alternativa y cambio social: 1. América Latina*. Cidade do México, México: Premiá.
- Sousa Santos, B. (2015). *Una epistemología del Sur*. Buenos Aires, Argentina: Clacso. (Obra original publicada en 2009)
- Todorov, T. (1998). *La conquista de América: El problema del otro* (9a ed.). Cidade do México, México: Siglo XXI.
- Torrigo, E. (2016a). *Hacia la Comunicación decolonial*. Sucre, Bolívia: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Torrigo, E. (2016b). *La comunicación pensada desde América Latina (1960-2009)*. Salamanca, Espanha: Comunicación Social.
- Torrigo, E. (2018). La Comunicación decolonial, perspectiva in/surgente. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 15(28),72-81. Recuperado de <http://bit.ly/2ON5DSE>
- Torrigo, E., Castro, E., & Osorio, N. (Orgs.). (2018). *Comunicación y decolonialidad: Horizonte en construcción*. La Paz, Bolívia: D y G.
- Wallerstein, I. (Coord.). (1996a). *Abrir las Ciencias Sociales*. Cidade do México, México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1996b, novembro). *El eurocentrismo y sus avatares: Los dilemas de las ciencias sociales*. Discurso inaugural del Colóquio El Futuro de la Sociología en el este de Asia. Seúl, Coreia do Sul.
- Walsh, C. (2005). *Pensamiento crítico y matriz (de)colonial: Reflexiones latinoamericanas*. Quito, Equador: Abya Yala.
- Wolf, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona, Espanha: Paidós. (Obra original publicada en 1985)
- Zea, L. (1976). *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona, Espanha: Ariel. (Obra original publicada en 1965)

Artículo recibido el 15 de julio de 2019 y fue aprobado el 28 de noviembre de 2019.